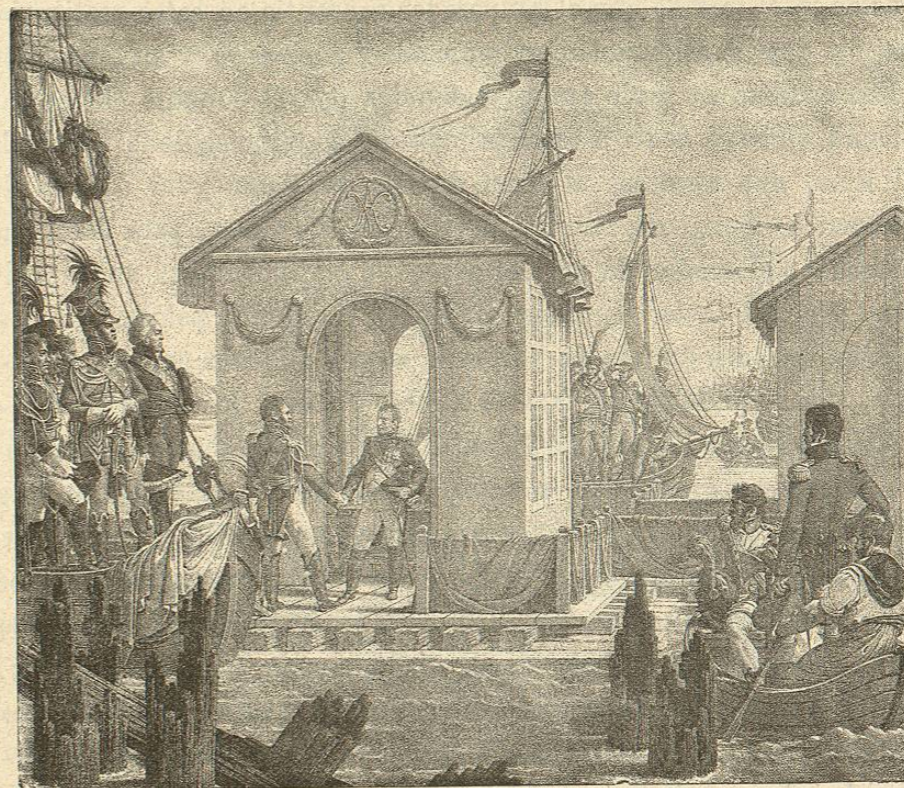


ciando así el plan que tan felices resultados les había de producir en 1812. Napoleón podía, realmente, proseguir la conquista y restaurar el trono de Polonia; gran número de patriotas polacos que habían acudido á alistarse en sus filas, le suplicaban que reparara la iniquidad cometida con su desgraciada patria. Profunda perplejidad suscitó esta idea en el ánimo de Napoleón, pues que al proclamar la independencia de Polonia armaba contra sí á Prusia, Austria y Rusia, facilitando la acción de Inglaterra, y se empeñaba en una lucha cuyo fin era difícil adivinar. Hacía seis años que trabajaba por conseguir la formación de una vasta alianza continental, que hubiera asegurado la paz general en Europa y privado á la Gran Bretaña de toda clase de apoyo. En un principio, hubo de creer que podría conseguir su propósito con el concurso de Rusia. Después de la muerte de Pablo I, creyó contar con Prusia. Ahora se le presentaba ocasión para renovar la con la primera de estas potencias, y estaba plenamente satisfecho de haberlo alcanzado. «Si Francia y Rusia se unieran estrechamente, las consecuencias de tal alianza serían incalculables y cambiaría por completo la faz del mundo (1).»

Así, pues, desde el momento en que el Czar mandó al príncipe de Lobanoff para proponer en su nombre un armisticio, al que debían seguir las negociaciones necesarias, el Emperador envió al cuartel general ruso al príncipe de Talleyrand. La ciudad de Tilsit quedó señalada como campo neutral para ambos monarcas, que se avistaron sobre una gran almadía anclada en medio del Niemen. «Aborrezco á los Ingleses tanto como vos,—dijo Alejandro al abrazar á Napoleón,—y estoy á vuestras órdenes para cuanto hagáis contra ellos.—Siendo así, dad por hecha la paz,—le respondió éste.» El rey de Prusia no asistió á la entrevista; presentóse al día siguiente para enterarse de lo convenido entre ambos emperadores. «Afortunadamente,—cuenta el capitán Coignet,—se encontraba allí el gran Alejandro para defenderle; tenía todo el aspecto de una víctima. ¡Vive Dios, qué flaco estaba el menguado monarca! Pero ¡qué hermosa reina tenía!» Coig-

(1) A principios del siglo XVIII, Catalina I trató de fundar sobre sólidas bases la alianza franco-rusa mediante el matrimonio de Luis XV con Isabel, hija de Pedro el Grande, que más adelante fué czarina.

net volvió á ver á la reina de Prusia en la entrevista que con ella celebró Napoleón en Koenigsberg. «¡Vive Dios y qué hermosa era! —exclama;— bien puede decirse que era demasiado hermosa para tan menguado monarca, pero yo creo que era rey y reina al mismo tiempo. El Emperador la recibió al pie de la gran escalinata y le tendió la mano, pero sin que ella lograra que estrechara la suya. Tuve



Entrevista de Napoleón I y del emperador Alejandro en Tilsit. (Cuadro de Gautherot, según copia litográfica de Levilly)

la suerte de estar de servicio aquella tarde junto á la misma escalinata y verla de cerca, y al día siguiente volví al propio sitio y la contemplé á mi sabor. ¡Qué hermosa figura y qué aire tan majestuoso tenía! Hubiera dado gustoso una oreja, á los treinta años, por estar á su lado tanto rato como estuvo el Emperador.» Las gracias de la reina Luisa no impresionaron tanto á Napoleón como al capitán, y sus ruegos nada pudieron alcanzar de él; son, sin embargo, pura leyenda, forjada por el odio de Prusia, la insolencia y brutalidad con que suponen trató el Emperador á esta soberana, y los testigos oculares,

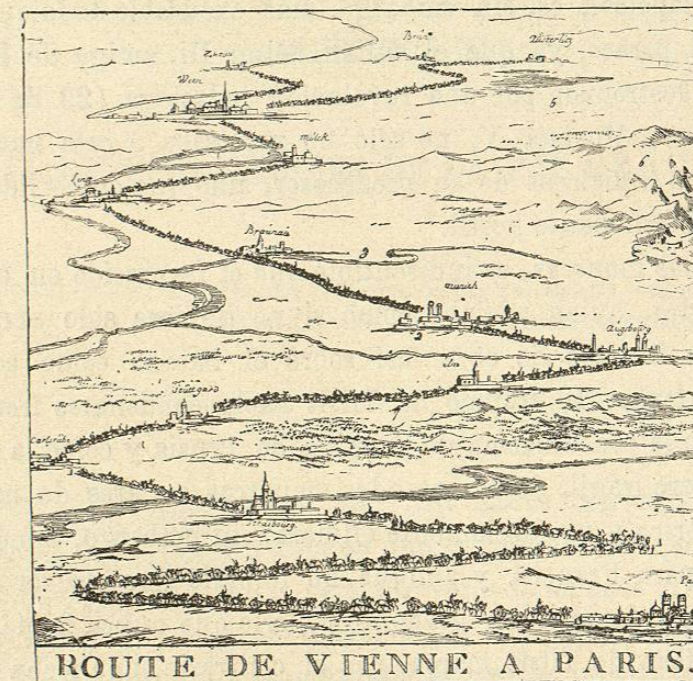
alemanes é ingleses, confirman en este punto el *Memorial de Santa Elena*.

En virtud de las negociaciones de Tilsit se firmaron tres tratados; el primero regulaba la suerte de Prusia y la de los príncipes alemanes que habían tomado parte en la guerra.

El rey de Prusia obtenía únicamente la restitución de la vieja Prusia, de Pomerania, de Brandeburgo y de Silesia, y aun se hacía constar en el tratado que el Emperador consentía en estas restituciones sólo «por consideración al emperador Alejandro y en aras de su ardiente deseo de unir ambas potencias por el vínculo de eterna amistad.» Prusia cedía á Francia todas las provincias de la izquierda del Elba, que reunidas al gran ducado de Hesse y al ducado de Brunswick debían constituir un reino de Westfalia, para Jerónimo Bonaparte, el menor de los hermanos de Napoleón. Los ducados de Posen y de Varsovia, reunidos, formarían un Estado polaco, que con el título de Gran ducado de Varsovia pasaría á manos del rey de Sajonia, construyéndose un camino militar á través de Silesia para facilitar el paso de Alemania á Polonia. Dantzig quedaba declarada ciudad libre y con guarnición francesa. Prusia debía pagar además una contribución de guerra de ochenta millones, en prenda de la cual, y hasta completar su entrega, quedaban los Estados prusianos ocupados por los ejércitos franceses. También el emperador de Rusia se quedaba con una parte de los despojos de su aliado, el palatinado de Belostok. El Czar y el rey de Prusia reconocían como reyes á los tres hermanos de Napoleón, Luis en Holanda, Jerónimo en Westfalia y José en Nápoles. Los duques de Brunswick y de Hesse-Cassel perdían sus Estados, recibiendo solo en compensación una renta vitalicia. Los duques de Oldenburgo y de Mecklenburgo recuperaban sus dominios, pero con la obligación de admitir guarniciones francesas, para vigilar por el cumplimiento del bloqueo continental, y de entrar en la Confederación del Rhin, como Sajonia y los demás principados secundarios de Alemania.

Por el segundo tratado se estipulaba una alianza ofensiva y defensiva entre el emperador de los Franceses y el Czar. Napoleón debía intervenir entre Rusia y Turquía, y Alejandro entre Francia é Inglaterra, con la condición de que si esta potencia no había dado su

aprobación, en 1.º de Diciembre de 1807, á las condiciones de paz de Tilsit, Rusia le declararía la guerra. El rey de Suecia acababa de romper el armisticio que había ajustado con Mortier, precisamente en el momento de verse privado de sus últimas posesiones en Pomerania, por lo que se convino en obligarle á entrar en la liga contra la Gran Bretaña y á ceder la Finlandia á Alejandro. Ambos soberanos contratantes debían ponerse de acuerdo para arrancar del yugo y de



1. de Juin
2. de Juin
3. de Juin
4. de Juin
5. de Juin
6. de Juin
7. de Juin

Grabado anónimo de la colección Hennin

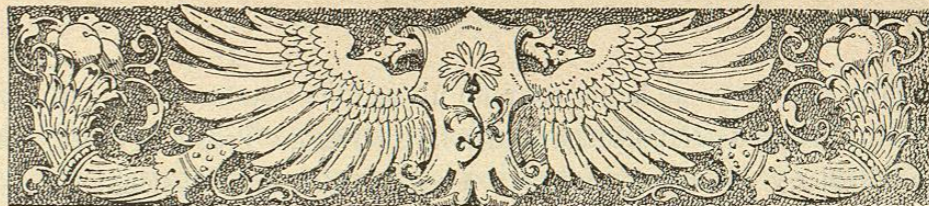
las vejaciones de los Turcos todas las provincias europeas del imperio otomano, excepto la Rumelia y la ciudad de Constantinopla. Se invitaría también al Austria, Dinamarca, Suecia y Portugal á secundar el bloqueo continental.

Finalmente, el tercer tratado contenía las *cláusulas secretas*, entre las cuales figuraban la de que Cattaro sería devuelta á Francia, que entraría también en posesión de las islas Jónicas, etc. Asimismo alcanzaron al Africa las negociaciones de Tilsit, pues el artículo 5.º de este tercer tratado dice: «Las poblaciones africanas, especial-

mente Túnez y Argel, serán ocupadas por los Franceses y al conseguirse la paz general se entregarán, con las demás conquistas que éstos hayan podido hacer, como indemnización á los reyes de Sicilia y de Cerdeña.»

Tales eran las condiciones convenidas en este tratado de íntima amistad entre los dos adversarios de la víspera, que tan sólo se unían para repartirse el dominio de Europa, abandonando á sus aliados con la mayor indiferencia. El abandono de Turquía por parte de Napoleón es, sin embargo, más excusable de lo que á primera vista parece, ya que el sultán Selim III, amigo de Francia, había sido destronado por una revolución palaciega (29 de Mayo), y su sucesor, Mustafá V, no sólo no profesaba á esta nación los sentimientos amistosos de su predecesor, sino que en realidad se le mostraba abiertamente hostil.

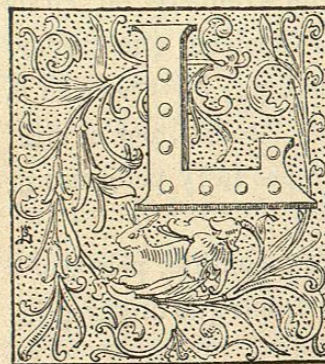
De todas maneras, es indiscutible que el favorecido en absoluto era Alejandro, quien pactaba como si no hubiese sido vencido y quedaba en libertad de obrar así sobre el Báltico como sobre el Danubio inferior. El tratado de Tilsit suele condenarse frecuentemente como la consumación de la ruina de Prusia y como la alianza brillante, pero frágil, de dos grandes monarcas en aras de una política quimérica y necesariamente efímera; sin embargo, aunque fué tan inútil para Francia, y aunque no impidió que Prusia llegara diez años más tarde á un grado de poderío que nunca había alcanzado, el tratado de Tilsit marca, por el contrario, una fecha importante en la historia de la monarquía prusiana y en la cuestión de Oriente.



CAPÍTULO IV

EL IMPERIO DESPUÉS DE LA PAZ DE TILSIT

ADMINISTRACIÓN Y POLÍTICA INTERIOR.—ABOLICIÓN DEL TRIBUNADO.—NOBLEZA IMPERIAL.
UNIVERSIDAD.—LEGISLACIÓN.—HACIENDA.—INFLUENCIA FRANCESA



La paz de Tilsit marca con toda claridad el punto en que la política de Napoleón adquiere un carácter verdaderamente quimérico, y, desvanecido por los gigantescos planes que le presenta su propia imaginación, renuncia á una parte del premio de sus triunfos sin consolidar por ello su poder, sacrificando así un presente seguro á un porvenir fantástico, y sin que este sacrificio del momento

pueda interpretarse como prueba de moderación ó como señal de querer dar á Europa cierta tranquilidad. Los monarcas, azorados, comprenden que ya no hay límite fijado para su rebajamiento, porque Napoleón no lo ha puesto á su ambición. Político hasta ahora, empieza á mostrarse ante los demás soberanos como una especie de nuevo Tamerlán, civilizado sin duda, pero que lo mismo que el devastador oriental busca la conquista por el placer de la conquista misma.

Aunque haya de darse la razón á tan desgraciados adversarios,